



CARLOS FONSECA

NO TE OLVIDES DE MÍ

**YOLANDA GONZÁLEZ,
EL CRIMEN MÁS BRUTAL
DE LA TRANSICIÓN**

CARLOS FONSECA

NO TE OLVIDES DE MÍ

*Yolanda González, el crimen más brutal
de la Transición*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Álvaro López, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Iconografía: Grupo Planeta

© de las ilustraciones del interior, archivo del autor, © cortesía de la familia González Martín, © cortesía de Alejandro Arizcun, © cortesía del Centro de Documentación y Archivo para la Defensa de los Derechos Humanos de Asunción (Paraguay), © Derechos reservados, © AP, © cortesía de *Abc*, © cortesía de *La Verdad Socialista*

El editor quiere agradecer las autorizaciones recibidas para reproducir imágenes protegidas en este libro. Se han hecho todas las gestiones posibles para identificar a los autores de las fotografías y a los propietarios de los derechos de autor. Cualquier error u omisión accidental se corregirá en ediciones posteriores

Primera edición: septiembre de 2018

Depósito legal: B. 15.625-2018

ISBN: 978-84-08-18696-0

Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.

Impresión: Cayfosa

Printed in Spain – Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

Índice

Sábado, 2 de febrero de 1980	11
I. YOLANDA	19
II. EL CRIMEN	89
III. LA INVESTIGACIÓN	181
IV. EL JUICIO	305
V. LA FUGA	343
Epílogo	389
Agradecimientos	391
Índice de personajes	393
Anexo	405

Sábado, 2 de febrero de 1980

Como todas las mañanas, se levantó a las 6.30 horas, cuando aún no habían despuntado las primeras luces del día, sorbió un café con leche ardiendo, se despidió de su mujer con un beso fugaz y se echó a la calle. Casimiro Ribagorda, de 31 años de edad, era incapaz de ingerir nada sólido a esas horas, por más que su esposa le recriminara que se fuese a trabajar con el estómago vacío. Necesitaba ponerse en marcha antes de parar a comer algo. A las ocho en punto ya estaba en las instalaciones de la empresa para la que trabajaba, CASBAR, dedicada a la fabricación de muebles de cocina, situada en el kilómetro 5,800 de la carretera de San Martín de Valdeiglesias. Esa mañana tenía que montar con su compañero Antonio Encinas una cocina en Madrid y convenía no entretenerse demasiado si querían dejar el trabajo terminado. Cargaron los muebles en la furgoneta Ebro de los repartos y emprendieron la marcha hacia la capital. Hacía frío y el relente de la mañana dibujaba en el horizonte una línea blanca a escasa distancia del suelo. La radio informaba de las últimas noticias sobre el asesinato de seis guardias civiles por un comando de ETA en la localidad vizcaína de Ispaster cuando Casimiro creyó ver a lo lejos el cuerpo de una persona tendida en medio de un descampado.

—¡Joder! —pisó ligeramente el freno para aminorar la marcha y miró por el espejo retrovisor para comprobar la circulación.

—¿Qué pasa? —preguntó su compañero sin apenas sorpresa.

—Allí al fondo, ¿no ves un bulto? Parece el cuerpo de una persona tirada en el suelo.

Antonio escrutó a lo lejos intentando compartir el involuntario hallazgo. Tardó un instante en hacerlo, después de que Casimiro le señalara para que se orientara una caseta de peones camineros abandonada desde hacía años.

—¡Ya lo veo! —exclamó—. Para en el arcén y nos acercamos un momento.

El lugar, un páramo sin más vegetación que dos árboles desnudos situados a notable distancia, descartaba que se tratase de un mendigo al que el frío hubiese sorprendido en un paraje tan recóndito. De serlo, lo razonable es que hubiese buscado cobijo en la caseta para resguardarse de las temperaturas bajo cero de la madrugada. A aquella persona le ocurría algo.

Casimiro puso el intermitente derecho, pisó de nuevo el freno, redujo la marcha de cuarta a tercera y después a segunda, y se echó a un lado mientras los vehículos que circulaban tras él le rebasaban. Cuando la furgoneta se detuvo a escasos cincuenta metros del lugar del hallazgo, echó el freno de mano. Podrían haberse aproximado más, pero por prevención prefirieron dejarlo estacionado a una distancia prudente. Descendieron del coche con cierta aprensión y se encaminaron con parsimonia hacia el lugar donde se hallaba el cuerpo. Lo que hacía un momento era un bulto fue dando paso a una silueta que fue ganando en nitidez a medida que se acercaban. Cuando estaban a menos de cinco metros se detuvieron, como si temieran violentar el escenario de un crimen. El gran charco de sangre que empapaba el suelo así lo atestiguaba. Al menos eso interpretaron de la mancha negruzca que había formado un círculo en torno a la cabeza de la víctima, de cuya boca y nariz manaba un hilo de sangre seca. Casimiro miró su reloj de pulsera para hacer acopio de datos antes de acudir a la Guardia Civil. Las ocho y veinticinco de la mañana. Dieron una vuelta en torno al cuerpo, sobrecogidos por el descubrimiento, y regresaron a la furgoneta. Era la primera vez que veían un cadáver en esas circunstancias

y tuvieron la certeza de que allí se había perpetrado un horrible asesinato. La víctima era una joven en la veintena que vestía ropa desenfadada. Tenía los ojos entornados, como si la muerte la hubiera sorprendido de súbito, sin tiempo para darse cuenta de su llegada, y hubiese congelado su gesto de sorpresa. Su aspecto era el de una figura de cera. El rostro blanquecino, inerte, la expresión hueca, con el rictus de vacío que deja la muerte.

Quince minutos más tarde denunciaban los hechos en el cuartel de la Benemérita de Villaviciosa de Odón. Casimiro tomó la iniciativa a la hora de relatar lo ocurrido, mientras su compañero asentía con la cabeza a todo cuanto decía. A fin de cuentas, había sido él quien vislumbró el cuerpo y quien tomó la decisión de acudir al cuartel de la Guardia Civil. Ellos iban a instalar una cocina y se habían encontrado por casualidad con aquel tétrico espectáculo. El agente que les tomó declaración les pidió que firmaran la diligencia en la que quedaba constancia de sus palabras y les dijo que probablemente los llamara la Policía, a la que iban a dar parte por estar dentro de su demarcación, para que corroboraran su testimonio. Movieron la cabeza en señal de conformidad. «¿Ya podemos irnos?», inquirió Casimiro pidiendo permiso para recuperar la monotonía que marca la rutina diaria, aunque aquel hallazgo habría de incomodarlos durante toda la jornada.

La mañana ya había abierto y el frío seco había dado paso a una temperatura algo más tibia, gracias al tímido sol que se des-perezaba en el horizonte, cuando un coche patrulla de la comisaría de Alcorcón y otro más del Gabinete de Identificación llegaron al descampado en el que había sido hallado el cadáver tras ser alertados por la Benemérita. La víctima se encontraba de lado, ligeramente encorvada, con las manos unidas muy próximas a la cabeza, en la que se apreciaba un impacto de bala que había provocado una abundante hemorragia y pérdida de masa encefálica. Los agentes encargados de la inspección ocular caminaron

en torno al cuerpo, como si oficiaran un ceremonial consistente en descubrir detalles no visibles para un profano, antes de empezar a tomar notas.

—Aparenta unos 18 años, metro setenta y cinco de estatura, pelo largo castaño y ojos verdosos, viste pantalón vaquero de color azul, zapatos negros, tipo mocasín, del número 36, jersey color lila de cuello alto, muy grueso, sin etiqueta. En el dedo anular de la mano izquierda lleva un anillo que representa una cruz de lauburu, de origen vasco, y en el cuello un colgante dorado con la misma cruz. El cuerpo está en posición de decúbito lateral izquierdo, con los miembros superiores e inferiores flexionados.

Cuando hubo concluido las primeras notas, el agente que se había agachado junto al cuerpo se retiró unos metros del cadáver y pasó a describir todo cuanto había a su alrededor.

—Junto al cuerpo de la joven hay un calendario del año 1976, que representa una mujer semidesnuda, que tiene escrito en negro y en su ángulo superior el número 18. A metro y medio, aproximadamente, hay otro calendario del mismo año, también de tipo bolsillo, muy sucio, que representa igualmente una mujer ligera de ropa. Al otro lado del camino, frente a la víctima, hay un libro sin cubiertas titulado *Dos fanáticos*, de José de Echegaray.

—Aquí hay tres casquillos de bala —le alertó su compañero—. ¿Mido la distancia desde la cabeza de la víctima?

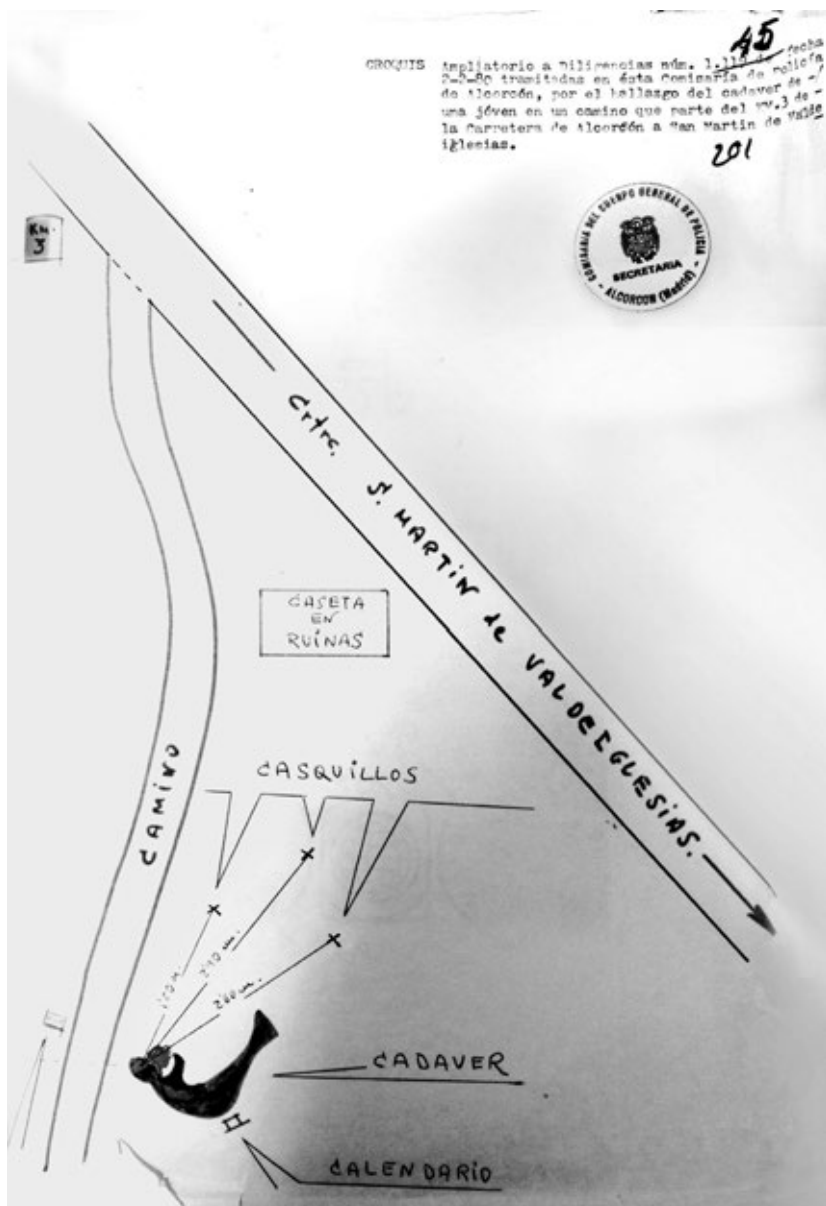
—Sí.

Su compañero se agachó y comenzó las mediciones.

—Están a 1,50, 2,60 y 2,90 metros. En los culotes de dos de ellos se lee PMP 9 mm y en el tercero 9-C SB-T 75.

El policía que estaba al mando se acercó al cuerpo una vez hubo relatado el escenario del crimen, metió la mano en los bolsillos del pantalón de la víctima para comprobar si llevaba documentación.

—Está indocumentada. Hay que comprobar si alguna de las denuncias por desaparición coincide con las características de esta chica —dijo al que anotaba—. Aquí hay rodadas de un co-



Croquis policial del lugar donde fue hallado el cadáver de Yolanda.

che que maniobró para cambiar de dirección. Que tomen fotografías de las marcas para tratar de averiguar de qué tipo de vehículo se trata —volvió a agacharse junto al cadáver—. Las ropas no tienen roturas ni desgarros que indiquen que intentó defenderse. Lo más probable es que la trajeran hasta aquí, la obligaran a bajar del coche y le dispararan sin más. Hay casquillos de dos tipos, luego lo razonable es pensar que los asesinos son al menos dos personas que llegaron y se marcharon en coche. Llama al juzgado de guardia, yo voy a acercarme hasta aquella casa del fondo.

A ciento cincuenta metros del lugar en el que había sido hallado el cadáver se levantaba una modesta vivienda desde la que bien podían haber escuchado los disparos. Caminó con ritmo mientras su compañero solicitaba por la emisora del coche la presencia del juez. Golpeó la puerta con los nudillos y aguardó a que abrieran.

—Buenos días, soy inspector de Policía —enseñó su placa para corroborar sus palabras a la mujer que le abrió—. ¿Vive usted aquí?

—Sí, con mi marido —contestó con aprehensión. Nunca hasta ese momento un policía había llamado a su casa—. ¡Pedro! —alzó la voz para que acudiera en su ayuda.

El agente volvió a identificarse y pidió a sus interlocutores que hicieran lo propio. La mujer desapareció en el interior de la vivienda en busca de los documentos de identidad. Pedro Romero y Nicolasa Delgado. Tomó nota.

—¿Escucharon disparos la pasada noche?

—¿Disparos? No, señor —Pedro miró a su mujer, que con un movimiento de cabeza corroboró el testimonio de su marido—. Nos fuimos a la cama pronto, sobre las once de la noche, y no, no escuchamos nada.

—¿Tampoco voces, algún grito?

—Nada, señor. ¿Ha ocurrido algo? —se atrevió a preguntar mientras escrutaba tras la figura de su interlocutor la presencia de varios coches policiales y lo que parecía el cuerpo de una persona tendida en el suelo.

—¿Me dicen, por favor, su número de teléfono? —esquivó la pregunta—. Es probable que tengan que acudir a comisaría a prestar declaración. Lo mismo que me han comentado a mí, un trámite rutinario —tomó nota—. No les molesto más. Buenos días.

—Buenos días —se despidieron dejando entreabierta la puerta para fisgonear lo que ocurría.

A las diez y media de la mañana, la comitiva judicial, encabezada por el juez Jesús Marina Martínez-Pardo, titular del Juzgado de Instrucción n.º 9 de Madrid, acompañado por el secretario del juzgado y el médico forense, se constituyó en el lugar de los hechos.

—¿Qué tenemos, agente? —preguntó el juez al inspector al mando.

—Una chica de unos 18 años con al menos un impacto de bala en la cabeza, aunque hemos encontrado tres casquillos. La trajeron en coche y los autores se dieron después a la fuga en el vehículo. Hemos tomado fotografías de las marcas de rodadura y he pedido que comprueben si hay alguna denuncia por desaparición que coincida con las características de la víctima

—La data de la muerte es de hará unas diez horas —dijo el médico forense, que nada más llegar se había puesto a reconocer el cadáver—. Tiene no una, sino dos heridas de bala en la región temporal derecha, una de ellas con orificios de salida en el pabellón auricular izquierdo y otra en la región occipital, también izquierda. Ambas son mortales de necesidad por destrucción de los centros neurológicos. Presenta un tercer impacto en la cara externa del antebrazo derecho, con salida en la cara interna de este. Es lo que se ve a primera vista. Cuando realice la autopsia podré ampliar los datos. Por ahora es todo.

—¿Hay señales de lucha? —inquirió el juez.

—No, señoría —respondió el inspector—, ni tampoco huellas de pisadas o señales de que el cuerpo fuese arrastrado. Casi

con certeza la bajaron del coche y la mataron disparándole a bocajarro en el lugar donde hemos hallado el cuerpo.

—Bien, en ese caso, tome nota el secretario del levantamiento del cadáver y su traslado al Instituto Anatómico Forense para la práctica de la autopsia cuando los agentes concluyan la toma de fotografías y de huellas para intentar la identificación de la víctima, e incóense diligencias previas para determinar la naturaleza y circunstancias del hecho denunciado y las personas que en él han participado. Buenos días, señores —se despidió—, aquí ya no queda nada por hacer.

I

YOLANDA

«Me voy a vivir a Madrid.» La noticia cayó como un mal presagio. Su niña se marchaba de casa. Los abandonaba. Así, de pronto, sin tiempo para asimilar lo inesperado. El año 1979 apenas se despedizaba y, de sopetón, se encontraban con aquel anuncio imprevisto que desbarataba su mundo de certezas. Era una buena estudiante y, si Dios quería, podría ir a la universidad, un sueño para la hija de una familia obrera. Aquello no podían entenderlo. «¿Qué necesidad tienes de marcharte de casa si aquí haces lo que quieres? ¿De qué vas a vivir?» Todos los inconvenientes que fueron capaces de alegar los rechazó uno a uno con la tenacidad inflexible de la juventud. Por supuesto que los quería, esa pregunta estaba de más, pero acababa de cumplir 18 años y sentía la necesidad de independizarse. ¿Acaso no habían hecho ellos lo mismo? «Tú tenías mi edad cuando te casaste con papá y os vinisteis a vivir a Bilbao; pues yo lo mismo, solo que no me caso», remató la conversación con un argumento del que se arrepintió tan pronto como lo hubo expresado, al recordar las risas cómplices con sus hermanos cada vez que les contaban su viaje de novios en burro a los pueblos cercanos, a Sotresgudo, Congosto, Amaya..., donde vivía algún tío que los alojaba en casa durante su particular luna de miel. «Eran otros tiempos, queríamos salir del pueblo para que vosotros tuvieseis más oportunidades de las que tuvimos nosotros», intentaron rebatir las palabras de su hija, y sonó a disculpa, sabedores de que, cuando Yolanda hablaba con la vehemencia con que ahora lo hacía, era inútil enfrentarse a sus planteamientos porque ya había to-

mado una decisión. Eugenio y Lidia digirieron el trago lo mejor que pudieron. Su hermana Amaia, un año menor, asistía muda a la discusión, como si la pérdida fuese el desenlace natural a unos meses de distanciamiento involuntario entre ambas, y Asier, de 5 años, era el espectador silencioso de un acontecimiento incomprendible del que solo percibía la tristeza de sus padres.



Yolanda González.

El matrimonio había llegado a la capital vizcaína en 1960, meses antes del nacimiento de Yolanda. Ambos eran naturales de dos pequeñas localidades burgalesas distantes tres kilómetros entre sí. Eugenio, de Villavedón, y Lidia, de Palazuelos de Villadiego. Tercer hijo de una familia con once vástagos, Eugenio marchó al seminario con 10 años, como antes lo habían hecho su hermano mayor, Jesús, y después lo hicieron los más pequeños, José María, Pedro y Vicente, al igual que otros muchos jóvenes de familias numerosas de ámbitos rurales en las que la Iglesia buscaba vocaciones con el argumento, siempre convincente, de que el muchacho recibiría una buena formación. Tras tres años en Pamplona y otro más en Godella (Valencia), regresó al pueblo sin más bagaje que una recién adquirida vocación por la música, ganada en su paso por el coro del seminario, una discreta maestría para tocar el órgano y la certeza de que aquella vida no estaba hecha para él. Solo José María se ordenó sacerdote. Volvió al trabajo del campo hasta que lo llamaron a milicias y enfiló rumbo a Melilla a bordo del buque Rey Jaime II para cumplir dos años de servicio a la patria. De vuelta al pueblo, retomó el galanteo con Lidia, tercera de una familia de cinco hermanos, se ennoviaron y, tras uno de esos idilios de carabina y pudorosos paseos por el campo, se casaron. Él tenía 26 años y ella 18.

Heredar las tierras de los padres y seguir faenando era un futuro que no se ajustaba a sus anhelos y Eugenio se trasladó a Bilbao en busca de un trabajo que los ayudara a prosperar en la vida, coincidiendo con una etapa en la que a la ciudad llegaban en aluvión inmigrantes del resto del país atraídos por una industria pujante. No tardó en encontrar empleo como soldador en la fábrica de baterías Nife, gracias a las gestiones de una tía de su padre, y, una vez instalado, regresó al pueblo en busca de su mujer. Alquilaron una modesta habitación en un piso con patrona, suficiente para una pareja de enamorados, y pasado un tiempo se hipotecaron con la compra de una modesta vivienda en La Ribera de Deusto, núcleo industrial y residencia de obreros en la orilla derecha de la ría del Nervión, por la que pasaron tiempo después los hermanos de Lidia, que encon-

trarían en el matrimonio la ayuda imprescindible para emular su aventura. Sus sueños comenzaban a hacerse realidad. Allí nació Yolanda el 20 de enero de 1961, Amaia, catorce meses después, y Asier, casualidades de la vida, también un 20 de enero, pero en su caso de 1974, trece años más tarde.

La vida en Bilbao discurrió con la cadencia de las existencias humildes, colmada de estrecheces y renunciadas para llegar a fin de mes, y las pequeñas alegrías cotidianas que solo aprecian quienes esperan poco de la existencia. Yolanda y Amaia crecieron en un ambiente de esfuerzo y sacrificio, en un entorno gris y plomizo de fábricas, humos y sirenas que anunciaban el inicio del trabajo y la hora del descanso. También ellas tuvieron que acostumbrarse a las mañanas desapacibles como noches prematuras para acudir a los barracones habilitados como escuela a unas manzanas de su casa. Antes de entrar a clase asistían al izado de la bandera y cantaban el *Cara al sol*, aprendido de memoria sin entender aquella letra que hablaba de camisas nuevas, hacer guardia sobre los luceros y una España en la que empezaba a amanecer. Era el único momento en que chicos y chicas coincidían en el patio. Doña Paz y doña Gregoria, dos mujeres entradas en años, de gesto sombrío y escasa paciencia para tratar con niños, se encargaban de la formación de las muchachas, distribuidas por grupos de edad en dos únicas aulas. A la salida, apuraban las tardes jugando a las cuatro esquinitas con los plátanos de sombra que rodeaban la fuente de una plazuela próxima a su domicilio.

Cuando cumplieron 9 y 8 años sus padres las presentaron a los exámenes de ingreso en el Colegio San José de Deusto, regentado por la Congregación de la Sagrada Familia de Burdeos, en el vecino barrio de Ibarrekolanda, que gozaba en la comunidad de una justa fama de competente. Su origen se remontaba al final de la Guerra Civil, cuando las religiosas adquirieron un terreno y una casona para escolarizar a las niñas del entorno,



Yolanda, a la derecha, y su hermana Amaia, en una fotografía tomada durante el curso 1967-1968.

que con el paso del tiempo convirtieron en un amplio edificio en el que se impartían todos los niveles de enseñanza. Yolanda superó la prueba sin problemas, pero Amaia, presa de un llanto inconsolable, fue incapaz de enfrentarse a aquel folio en blanco con el que pretendían medir sus habilidades. Fue su primera separación de quien, para ella, era el espejo en que mirarse. Un distanciamiento que, a ojos de una niña, acrecentaba el uniforme de camisa blanca y falda con peto de color gris que distinguía a Yolanda como alumna de la nueva escuela.

«Mi hermana era para mí el ejemplo a seguir, la admiraba —rememora Amaia—. ¹ De aquella época de nuestra niñez recuerdo el maravilloso olor a galletas que se colaba por las ventanas de casa procedente de la vecina fábrica de Artiach y el vocerío que se formaba a las cinco de la tarde, cuando las muchachas que trabajaban en ella terminaban su jornada laboral. En ocasiones mi madre nos mandaba a comprar paquetes de galletas y bizcochos que vendían más baratos por defectuosos. Otra fiesta era la botadura de los barcos que construían en los astilleros Euskalduna, situados en uno de los extremos del barrio. Era un acontecimiento que se anunciaba en los diarios y en la radio, y desde la orilla opuesta de la ría asistíamos ensimismadas a cómo se deslizaban hasta el agua provocando un enorme estruendo. El puente levadizo de Deusto, que se abría para permitir el paso de grandes barcos de mercancías hasta el corazón de Bilbao, era otra de nuestras atracciones.»

Algunos fines de semana cruzaban el puente a pie o cogían un *gasolino*, pequeñas embarcaciones para cruzar la ría que los días de labor eran utilizadas por los trabajadores que venían de Bilbao a las fábricas de La Ribera y los de asueto se convertían en un divertimento para los más pequeños, e iban a pasear con sus padres al parque de Doña Casilda, entonces el único pulmón verde de la ciudad, con su estanque de patos y cisnes, que hacían que el lugar fuese conocido popularmente como el par-

1. Entrevista con el autor.

que de los Patos, sus vendedores de barquillos y el alquiler de grandes bicis de tres ruedas que hacían las delicias de los chavales.

Pero si había un tiempo feliz, ese era el verano, cuando las obligaciones cedían paso al tiempo libre. La playa de Ereaga, en Neguri, un arenal de 880 metros de longitud a una quincena de kilómetros de la ciudad, se antojaba para los hermanos un paraíso lejano que exigía un viaje en autobús para coger el tren y una buena caminata para llegar a aquel espacio de libertad. Antes, claro, el fin de semana debía amanecer soleado y aguardar con excitación infantil la decisión de los padres. Si anunciaban el esperado «Nos vamos a la playa», la casa se convertía en un batiburrillo de voces celebrando la buena nueva, que venía acompañada del maravilloso sonido que producía el batir de huevos y el no menos delicioso olor a tortilla de patatas recién hecha.

El verano era también el tiempo de las vacaciones en el pueblo de los abuelos, al que sus padres regresaban para ayudar en las tareas del campo mientras ellos disfrutaban sin las permanentes admoniciones de los mayores para que tuvieran cuidado de los infinitos peligros de la ciudad moderna. Un desplazamiento que a ellas les parecía un periplo porque obligaba a la familia a coger un autobús de Bilbao a Burgos, otro de Burgos a Villadiego y, ¡por fin!, un taxi desde Villadiego a Palazuelos, hasta que sus padres pudieron comprar un Goggomobil, un coche diminuto de dos puertas, que hacía más llevadero el recorrido. Ya fuera en Palazuelos con los abuelos maternos, Amancia y Martiniano, o en Villavedón con los paternos, Delfina y Vicente, la vida entre vacas, ovejas, cerdos, gallinas, conejos y pichones era para ellos una aventura, que de vuelta a la ciudad relataban a los amigos con la emoción de quien se ha enfrentado a un sinfín de peripecias. Desde recoger en el corral los huevos de las gallinas, que se empeñaban en ocultarlos cada día en un lugar distinto, a presenciar en primera fila al herrero trabajar en la fragua para «calzar» con «callos» a las vacas. Hasta el duro

trabajo de la trilla, ese viaje circular sobre la mies a remolque de dos bueyes, era para su imaginación infantil un paseo divertido, lo más parecido a las atracciones de feria de Bilbao, prolongado a voluntad mientras las lascas de sílex trituraban la parva extendida en la era. Después había que separar el grano de la paja con el biello y acarrear el producto de la faena hasta el pajar y el granero.

«Nos juntábamos con los tíos y los primos en unos meses de enorme felicidad —recuerda Amaia—. Íbamos al río a pescar, a coger cangrejos y a bañarnos. Otros días comíamos en el campo, paseábamos o jugábamos en la calle. Las casas no tenían agua corriente y había que cogerla de la fuente con el botijo o acompañar a la abuela a lavar la ropa en el río. Cuando llegó la televisión había una única para todo el pueblo, que instalaron en la escuela. Durante la recolección del trigo, el principal cereal de la región, el campo era un tapiz dorado que se convertía en un mar ondulante cuando soplabla el viento. Si para nuestros padres y abuelos era un tiempo de trabajo duro, para nosotros era una época maravillosa, aunque había dos cosas que no soportábamos, las moscas y la siesta, un tiempo aburrido que parecía no acabarse nunca. Cuando finalmente regresábamos a Bilbao, mi madre decía que nos habíamos convertido en salvajes.»

Aquel tiempo pasado fluía ahora en la memoria de Amaia como una película proyectada a toda velocidad que daba cuenta de una etapa pretérita que, presagiaba, no volvería a recuperar. Su hermana mayor se marchaba de casa. Su complicidad había dado paso a un paulatino distanciamiento gestado de manera inconsciente. Un año de edad de diferencia, apenas un suspiro, se había convertido en una barrera infranqueable. Hacía tiempo que ya no les interesaban las mismas cosas ni compartían las mismas inquietudes. Quizá su separación comenzara a fraguarse aquella tarde gris al salir de clase en que un joven



Yolanda, a la izquierda, y Amaia con sus padres, Lidia y Eugenio.

de aspecto alborotado le entregó un panfleto de las Juventudes Socialistas de Euskadi (JSE) como quien ofrece una verdad revelada. La lectura de ese texto exaltado tuvo en Yolanda el efecto de un descubrimiento. El escrito compendia las sensaciones que bullían en su cabeza ante una realidad con la que cada día se sentía más comprometida, pero ignoraba cómo implicarse en ella. Franco había muerto hacía poco más de un año y la España gris y monocorde de cuarenta años de dictadura cedía, no sin resistencia, ante el brío de la calle, convertida en un hervidero de actividad política. Los conflictos laborales estaban a la orden del día y eran habituales las manifestaciones que concluían en enfrentamientos con la Policía. El año 1977 había comenzado en Bilbao con la huelga de transportes urbanos, seguida de una intensa semana a favor de la amnistía para los presos políticos que costó la vida a siete personas. ETA había asesinado a otras cinco entre marzo y junio, y el día 15 de ese mes se habían celebrado las primeras elecciones democráticas desde la muerte del dictador con la victoria en Euskadi del Partido Nacionalista Vasco (PNV) por un estrecho margen de votos sobre los socialistas. No era posible permanecer ajena a tantos acontecimientos y Yolanda se afilió a las JSE con 16 años.

«Yo quería seguirla a toda costa y tuve también mis escauceos con la política —dice Amaia—, pero no tenía su pasión ni aquello me interesaba tanto como a ella. Recuerdo que un día íbamos a una reunión y le dije que no aguantaba esos encuentros interminables. Se puso muy seria y me preguntó: “Entonces, ¿tú qué quieres, casarte y tener hijos como todas las mujeres?”. Aquello me impactó. Tuve la sensación de que la decepcionaba, y ahí comencé a sentir su alejamiento. Con el tiempo se fue implicando más en su actividad política y ese cambio se notó en casa. No explicaba lo que hacía y se pasaba el día colgada al teléfono convocando reuniones, pese a que teníamos muy restringido su uso. Se produjo un distanciamiento entre nosotras, y me dolió.»

Yolanda se convirtió en solo unos meses en una de las mili-

Nombre <u>YOLANDA</u>	
Apellidos <u>GONZALEZ</u>	
<u>MARTIN</u>	
Año <u>1978</u>	

JUVENTUDES SOCIALISTAS Mes <u>Enero</u> Cuota <u>100</u>	JUVENTUDES SOCIALISTAS Mes <u>Febrero</u> Cuota <u>100</u>
JUVENTUDES SOCIALISTAS Mes <u>Marzo</u> Cuota <u>100</u>	JUVENTUDES SOCIALISTAS Mes <u>Abril</u> Cuota <u>100</u>

*Carné de las
Juventudes Socialistas
de Yolanda
correspondiente al
año 1978.*

tantes más activas de las JSE, aunque pronto se vio decepcionada por lo que entendía propuestas reformistas que renunciaban a la revolución. Su desencanto coincidió con la entrada en el partido de algunos militantes de la Liga Comunista (LC), de tendencia trotskista, para hacer *entrismo*, consistente en afiliarse a las principales formaciones de masas de la izquierda para captar a sus militantes más comprometidos. Los *trotskos* defendían que para que el socialismo triunfara la revolución debía internacionalizarse y no quedar limitada a una nación. La revolución debía ser mundial o no sería. Entre esos «infiltrados» en las JSE estaba Itziar Manteca. «Empecé a militar en Basauri, pero las reuniones del grupo trotskista las celebrábamos en casas de compañeros en Bilbao, y a ellas empezó a acudir Yolanda.

Discutíamos de las luchas políticas de aquel momento, de la estrategia a seguir, elaborábamos pasquines... Yolanda era una mujer muy perfeccionista, muy diligente y trabajadora, pero también muy rígida.»²

Uno de los encargados de dar charlas de formación era Rolando Astarita, *Rolo*, un argentino que había llegado a Bilbao a finales de 1977 huyendo de la dictadura argentina. «Les hablaba del *Manifiesto comunista* y pronto entendieron que lo que decía y hacía el PSOE tenía poco que ver con lo que defendían Marx y Engels —cuenta Astarita—.»³ Decidimos que Yolanda y otros compañeros, me acuerdo de Mario y Txema, empezaran a venir a casa para charlas más profundas. Eran todos jóvenes muy inteligentes, despiertos, ávidos por conocer. Les expliqué qué era el trotskismo, quiénes éramos, y les pedí que se organizaran con nosotros.»

«No tenéis que preocuparos de nada», insistió Yolanda en un tono más conciliador cuando cesaron los lamentos de sus padres, entregados a su derrota, convencidos de que nada de lo que dijeran haría cambiar de idea a su hija, que, segura ya de su triunfo, se explicaba con los ojos muy abiertos y un enérgico movimiento de brazos, las manos firmes, con el que imprimía mayor énfasis a sus palabras, como si así compensara la fragilidad que le confería su delgadez. ¿Cómo era posible que no entendieran lo que ella veía tan claro? Como epílogo a su exposición, les dijo que había conseguido un trabajo en la Unión General de Trabajadores (UGT) con un sueldo que le bastaría para mantenerse sin necesidad de que le enviaran dinero. Además, podían hablar por teléfono y escribirse, y cuando tuviera días libres los aprovecharía para visitarlos. «¿Cuándo te vas?», le preguntaron. En unos días, les contestó sin más concisión. Eu-

2. Entrevista con el autor.

3. Entrevista con el autor.

genio y Lidia aceptaron la inminencia de la pérdida con las frases de rigor cuando los hechos adquieren la condición de inevitables: «Cuídate», «No dejes de llamarnos», «Si las cosas te van mal, ya sabes, ni te lo pienses, te vuelves para casa», y otras palabras tan sentidas como fútiles. Y no hablaron más.

En realidad, no tenía un trabajo esperándola en Madrid, ni siquiera tenía claro dónde iba a vivir, de eso se estaba ocupando Alejandro Arizcun, pero claro, tampoco les había hablado de él. Cómo iba a decirles que la razón de su marcha era aquel muchacho, nueve años mayor que ella, del que estaba enamorada.